

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XIX



Córdoba, 2013

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XIX

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Diputación de Córdoba, Departamento de Ediciones y Publicaciones

Córdoba, 2013



Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XIX

Consejo de Redacción

Coordinadores

Juan Gregorio Nevado Calero

Fernando Leiva Briones

Vocales

Manuel García Hurtado

Juan P. Gutiérrez García

José Manuel Domínguez Pozo

Antonio Alcaide García

Edita e Imprime: Diputación de Córdoba
Ediciones y Publicaciones.

Foto Portada: Vista panorámica de Conquista a mediados del siglo XX

I.S.B.N.: 978-84-8154-398-8

Depósito Legal: CO 1331-2014

LA SIERRA DE HORNACHUELOS Y SU HISTORIA

Antonio Ortega Serrano

Cronista Oficial de la Villa de Hornachuelos



El cauce del río Bembézar por el que penetraron sus primeros colonizadores

La Sierra de Hornachuelos entra en la Historia cuando se tiene conocimiento escrito de su existencia. Naturalmente resulta complicado fijar el momento en el que este acontecimiento se produce. La Humanidad en su conjunto lo había hecho 3.500 años a.C., cuando en Egipto se descubre la escritura. En la península Ibérica este acontecimiento tiene lugar en el seno de la sociedad de los Tartessos, y aunque su mítica capital se encuentra algo alejada de estos lugares, es posible que esa primitiva sociedad tuviese algo que ver con Hornachuelos, los Tartessos surgieron cuando 1.200 años a.C., varios pueblos indígenas se agruparon en la desembocadura del Guadalquivir y se constituyen en reino. Recorren un largo camino de continuo crecimiento y desarrollo bajo el mandato del que parece ser fue su primer monarca, “Therón”. Así continuarían hasta que, en el año 750 a.C., Herodocto deja constancia del reinado de Argantonio, y contaría que gobernó un vasto imperio que

llegó a extenderse por toda Andalucía. Llegaron a poseer un alfabeto propio que les permitiría comunicarse mediante la escritura y a lo largo del río Betis, actual Guadalquivir, en las que florecían ciudades muy ricas. Rendían culto a una religión politeísta y astral que según parece, dio lugar a la creación de algunos santuarios que se ubicaron en Sierra Morena. Pudiendo darse el caso que estos lugares sagrados fuesen como llegó hasta la Sierra de Hornachuelos, o al menos a sus inmediaciones, éste culto pueblo que era capaz de redactar escritos y dejar constancia de la existencia de cualquier lugar visitado por ellos.

Según contaba un marinero que vivía en lo que con el paso del tiempo sería la ciudad de Marsella, realiza una travesía por las costas de la península Ibérica 600 años a.C., y describe la principal ciudad de Tartessos. Comenta de ella que se encontraba situada en la desembocadura de un gran río, sobre una de las islas que formaba al dividirse en varios brazos. Aguas arriba describe un gran lago llamado Ligustino. Todo ello está recogido por Rufo de Festo Avieno, en el 400 d.C. en su *Ora marítima*.

En el transcurso de estos años, comenzaron a llegar a la península Ibérica numerosas expediciones pertenecientes a civilizaciones que se encontraba emplazadas en el otro extremo del Mediterráneo. Así, los fenicios, según Veleyo Patérculo, fundaron Cádiz ochenta años después de la guerra de Troya, lo que puede corresponder a 1.100 años a.C., estableciéndose después en otros muchos lugares, siempre situados en las proximidades de la costa. Los hombres pertenecientes a las primeras civilizaciones que llegaron a la península Ibérica, dejaron evidencias de su paso, sobre todo en estos lugares; este es el caso de los cartagineses y de otros que vinieron especialmente para dedicarse al comercio.

Posiblemente 500 años a.C., se supone que desaparecerían los Tartessos, a manos de los Cartagineses, que se presupone que fue la primera potencia extranjera que intentó dominar toda la península Ibérica, los cuales dieron acceso como habitantes nativos, a los íberos, que eran los auténticos de los primitivos “atlantes”. En cuanto a estos últimos, es muy probable que se hicieran presentes en estas tierras buscando minas para extraer minerales, y podrían haber dejado referencias de su estancia en estas tierras de la Sierra de Hornachuelos, ya que también tenían un alfabeto propio. Los griegos y los romanos conocían al pueblo Íbero, que dejaron constancia de su estancia. Para ellos, eran los habitantes de Ibérica, y ciñéndonos a lo comentado, entra dentro de lo posible que estos habitantes desafiaron la complejidad orográfica de los territorios situados al norte de la orilla derecha del Guadalquivir, en la que se hallaba un gran bosque ciertamente bien conservado, continuaría dificultando la penetración de los aguerridos hombres de ese tiempo en la Sierra de Hornachuelos.

Suponemos que al principio, sólo se realizarían pequeñas expediciones tendientes a propiciar la explotación de sus numerosos recursos y de entre ellos, preferentemente, los mineros. El progresivo descubrimiento de filones de metales preciosos [oro, plata, hierro, barita, bronce y otros minerales] debió de favorecer la proliferación de arcaicas vías de comunicación que se iban desarrollando en esta Sierra de Hornachuelos aprove-

chando los lugares más favorables. Con el paso del tiempo se debieron crear campamentos en las proximidades de las minas, de cuyas prospecciones, quedan aún, en estos días muchas escombreras y horadaciones que dan fe de su eficacia minera.

Por los indicios encontrados, se puede asegurar sin temor a equivocación que el río Bembézar debió ser una importante vía fluvial de penetración, al menos en su parte más llana, pero cuando se llega al punto de encuentro de este río con el actual arroyo de San Bernardo, resulta más fácil continuar por la orilla izquierda. Este pequeño curso fluvial había horadado una profunda garganta sobre el macizo calizo que se encontraba en la orilla izquierda del río Bembézar y en un corto espacio permitía superar el desnivel existente entre el llano y la sierra. A un lado y a otro se habían formado numerosas cuevas, y éstas eran inmejorables refugios para prepararse antes de emprender la complicada aventura de adentrarse en la zona más quebrada y desconocida. Siguiendo el curso del Bembézar aguas arriba, inmediatamente después, desemboca otro arroyo, conocido actualmente como de la Rabilarga, sus paredes eran más abiertas y lo mismo ocurría con el Bembézar. Entre los arroyos de San Bernardo y de la Rabilarga había quedado un alto roquedo calizo coronado por una estrecha superficie plana, que daba cara al río más caudaloso, y que por el norte estaba comunicado con la sierra a su mismo nivel. Poco a poco este lugar debió ir considerándose como puerta de la Sierra de Hornachuelos. En cuanto a las orillas del arroyo de San Bernardo se podía subir con facilidad y además de las curvas de sus orillas debieron dar lugar a un primitivo asentamiento humano que, sin duda, fue el prelude de la actual Hornachuelos o (*Furnayulush* topónimo árabe).



En el transcurso de la primavera del año 218 a.C. se produce un singular acontecimiento verdaderamente importante para la península Ibérica, y por ende, como es lógico también para la Sierra de Hornachuelos. (*En la fotografía que se adjunta, podemos apreciar un horno de piedra que se utilizaba para cocer productos varios*) La primera incursión de los romanos. Se supone que desembarcaron en Ampurias, y que venían con la intención de expulsar a los cartagineses de Aníbal, y que tras ciertas dificultades lo consiguieron. Fueron desplazándolos hacia el sur, hasta que tras la derrota de Asdrúbal en Bailén, en el año 208 a.C., los romanos avanzaron de forma imparable por el valle del Guadalquivir. En el año 206 a.C. ya se encontraban en Cádiz y poco a poco la guerra se transformó en una progresiva ocupación que al final produjo una asimilación lingüística y cultural de todos los moradores de ibéricos. Estas ocupaciones romanas acabaron siendo las conocidas como “Guerras Púnicas”, a las que siguieron un largo periodo de crecimiento y desarrollo para la que ya se comenzaba a conocer como “La Hispania Romana”.



Los romanos eran gente muy bien organizada, y tenían muy claro la importancia de las comunicaciones y de los núcleos urbanos. Cuando estos nuevos colonizadores llegaron a las proximidades de la Sierra de Hornachuelos, lo primero que hicieron fue proporcionar la consolidación de lo que ya eran viejos asentamientos humanos, y entre ellos, en el año 168 a.C., Claudio Marcelo fundó la ciudad de Córdoba. El desarrollo de esta ciudad y de sus comunicaciones con la de Sevilla, permitiría la continuidad de todos los situados en las inmediaciones de la orilla derecha del Guadalquivir, y entre ellos los que después dieron lugar a las actuales Posadas, y Almodóvar del Río. En este territorio se fue estableciendo una importante vía de comunicación que también determinó la continuidad de otros pequeños refugios como el que se fue creando en el lugar que actualmente ocupa Moratalla.

Con el paso del tiempo, se debieron también consolidar los caminos que desde esta trascendente vía romana salían hacia la sierra, buscando sin duda, los mejores accesos a lo que en esos momentos sería un difícil pero rico territorio. La ya anteriormente comentada ruta del Bembézar y del arroyo de San Bernardo pudo ser de nuevo la elegida, y gradualmente se debió hacer necesaria la presencia de un núcleo de población estables y vigilado, en un lugar más próximo a la sierra y cerca de la mejor puerta de acceso a la misma. El escarpado cerro situado entre los actuales arroyos de la Rabilarga, de San Bernardo y el río Bembézar, parece que fue el lugar escogido para ampliar o situar un núcleo urbano fortificado. Como ya se ha dicho, en este sitio había un importante picacho de naturaleza caliza, coronado por una estrecha superficie llana, que se podría haber convertido ya en su asentamiento humano paleolítico. El cual, entra dentro de la posibilidad, del traslado de algunos de sus moradores a la parte superior, en donde ya necesitarían obras de fábrica. Los romanos podrían haber consolidado este primitivo campamento, que cronológicamente mejoraría sus comunicaciones con Córdoba y Sevilla al desviarse su accesión directamente desde Posadas y Peñaflor. Al mismo tiempo se fue convirtiendo en paso obligado del camino hacia Extremadura. El citado núcleo de población iría progresivamente creciendo hasta tomar entidad propia, y dar lugar al origen de la actual Hornachuelos. Sin duda, debió nacer como último reducto habitado antes de pasar a la espesura de la Sierra. Aunque deberíamos tener en cuenta que en aquellos momentos el bosque en su estado más puro sería algo temido y muy hostil para el hombre primitivo y sus actividades. Entra también dentro de lo posible que este fuese el municipio romano de Celti ó Celtis, que llegó a tener moneda propia y al que Plinio definió como: “poblado fortificado”.

Estos colonizadores romanos, aprovechando la seguridad del nuevo asentamiento, las comunicaciones hacia el norte se debieron ampliar, ya que desde este territorio partía un camino o calzada en esa dirección que después se dividiría preferentemente en dos. Un ramal seguía la orilla izquierda del río Guadalora y otro recorrería el cordel superior de la ladera derecha del valle del Bembézar. Significando que los dos conflúan de nuevo en los llanos ocupados por la actual aldea de San Calixto después de pasar primero por los molinos y huertas, y el segundo por varias minas. El punto de confluencia se iría creando un nuevo núcleo de población del que se han encontrado indicios de su existencia. Las lápidas funerarias localizadas en las proximidades del actual San Calixto están datadas en el año 663 d.C. y son una clara evidencia de este asentamiento. Toda esta infraestructura debió tomar parte de la importante calzada romana que consiguió unir a Écija con Mérida. “Dichos hallazgos arqueológicos, e historia Según Ambrosio de Morales, que nos manifestaba que en su termino existen bastantes vestigios y restos de anteriores poblados y villas que existieron en épocas romanas y visigodas, de lo que da fe, una lápida encontrada en el Tardón con una inscripción de dos epitafios diferentes; uno, relativo a una mujer y el otro a un hombre, en los que dice lo siguiente: JVTA FAMULA CHRISTI VIXITANNOS PLVS MINV... LXVII FREQVENTER, QVSQUE LEGISTITVLVM LAGRIMAS EFFVNDE, HIC SITVS EST IVVINE PIETATE INLVSTRIS (ET ORTV), ECCLESIASQUE PETIP SECVRVS MABIVS VMBRA RECEPITA IN PACE, SVB IDVS NOVEMBRE ERA

DCCI (Año 663 d.C.). Según traducción de un gran experto, lo más aproximada posible, dada la deficiente dicción y ortografía, de la edad de plata, siglos VI o VII; es un latín decadente y confuso, por lo que se aventura a que puede decir lo siguiente: “JUSTA SIERVA DE CRISTO, VIVIÓ (más o menos) SESENTA Y SIETE AÑOS; (pregunta): (tú) que LEES (este título) EPITAFIO, DERRAMA LÁGRIMAS; EL SITIO ES ÉSTE, (viene) por la PIEDAD ILUSTRE, y por EL (NACIMIENTO), y ruega A LAS IGLESIAS, SEGURO MARIO, de que ha sido recibida por la SOMBRA en PAZ, hacía el 10 de NOVIEMBRE, ERA SETECIENTOS UNO” (Año 663 d.C.).

Es muy probable, axiomático diría yo, que también desde este primitivo emplazamiento de población partieran dos caminos, uno hacia el oeste siguiendo en su primer tramo el río Guadalora, y otro hacia el este para atravesar el río Bembézar por el lugar más favorable y posteriormente dirigirse hacia el norte hasta llegar a Fuente Obejuna. Se crearían varios apartaderos o sitios de descanso y avituallamiento en esta novedosas vías -que como ya se ha dicho-, al final permitirían la comunicación del valle del Guadalquivir con Extremadura. Su privilegiada situación geográfica y orográfica le facilitaría su conversión en punto de vigilancia y por tanto, de fortificación al pie de la sierra. La proximidad de unas minas de plata contribuyeron a su progreso como ciudad. En sus alrededores nacerían huertas, molinos, viñedos y olivares, mientras el poder de Roma se iba diluyendo progresivamente entre los siglos IV y VI, pero las tradiciones romanas continuarían vivas, aunque algo cambiadas por la creciente influencia del Cristianismo.

En Córdoba, ya se había extendido mucho antes, y en el año 202 se promulga un decreto para impedir su desarrollo. Poco después se producen las primeras persecuciones. El 17 de noviembre de 204 asañada en el circo de Córdoba la que después sería Santa Victoria. Con el nombramiento de Osio como Obispo de la ciudad, en el 306, se detienen las persecuciones y la situación se normaliza bajo el mandato de Constantino, que se había convertido de su mano al Cristianismo. Aprovechando esta nueva realidad esta corriente cristiana sale de las grandes ciudades y se extiende por el resto del territorio. En distintos lugares fueron levantados monasterios dedicados a la oración; se inicia el tiempo de los Concilios, todo ello promovido por Osio, que se había convertido en el más importante personaje hispano desde de Séneca. En la Sierra de Hornachuelos se asentaron algunos de estos cenobios y en el hoy Parque Natural, se localizaron en las tierras de la finca de “Mezquetillas”, posiblemente se situaran una serie de edificaciones que formarían el conocido como monasterio de “San Basilio”, que fueron conocidos como “promiscuos”, llamados así por la convivencia muy próxima de hombres y mujeres. Los monjes de este monasterio elaboraban un vino muy especial, y para ello utilizaban las uvas procedentes de unos viñedos que habían plantado en las inmediaciones del convento. Todo parece indicar que poseían un lagar, que con el paso del tiempo se fue agrandando, así como las zonas sembradas de cepas. Es muy probable que el Cristianismo no se extiende de forma general por la península Ibérica hasta finales del siglo VI, según se ha podido constatar con documentación existente en el archivo del Palacio Episcopal de la Diócesis de Córdoba.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

ORTIZ JUÁREZ, D., BERNIER LUQUE, J., NIETO CUMPLIDO, M., y LARA ARREBOLA, F., *Catálogo artístico y monumental de la provincia de Córdoba*. Tomo IV Fuente Obejuna-Hornachuelos. Edt. Excma. Diputación de Córdoba, Córdoba 1986.

PALACIOS BAÑUELOS, L., *San Calixto. Nueva población cordobesa del siglo XIX*. Boletín de la Real Academia de Córdoba, núm. 100: 265-279. Córdoba 1979

RODRÍGUEZ TORRES Y POLO DE LARA, M., *Cotos, Casos y Cosas de la Sierra de Hornachuelos*. 2001.

Archivo Municipal del Excmo. Ayuntamiento de Hornachuelos.



**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**

